

EL 98 DESDE DENTRO

MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ

This work tries to give the possible most suitable vision of the Generation of 98 regarding the purposes and interest of the main authors: Azorín, Pío Baroja, Miguel Unamuno, Antonio Machado and José Ortega y Gasset

1. La llamada Generación del 98 y el supuesto nuevo siglo de oro.

Se ha querido que los acontecimientos militares y políticos de 1898, que condujeron a la pérdida de nuestras últimas colonias de Ultramar, dieran nombre generacional a un grupo de artistas, literatos y pensadores de los primeros años del siglo XX. A su vez, las ideas más o menos comunes atribuidas a dichos intelectuales se relacionaron con una reacción social nacida de los hechos del noventa y ocho y sus causas. Puede ser cierto, pero es menester demostrarlo objetivamente.

Como es sabido la calidad de los literatos y pensadores de dicha supuesta generación debe ser situada en el renacer cultural, y en especial literario, de finales del siglo XIX, que se ha prolongado hasta nuestros días, pese a la Guerra Civil (1936-1939) y sus consecuencias. Esto explica que los expositores de la tesis generacional del 98 hablen de los llamados precursores del 98, como Clarín, Costa, Galdós y Ganivet entre otros, y también de su continuidad, desde Ortega y Gasset hasta hoy. No sin razón se ha hablado de un Siglo de Plata y aún de un nuevo Siglo de Oro de la literatura española; pero nunca conviene generalizar demasiado.

Los muchos años pasados desde que se acuñó el término Generación del 98 (posiblemente noventa años) y la inabarcable bibliografía acumulada, no permiten resolver el problema de su realidad personal prescindiendo del término y de la síntesis ideológica y

literaria realizada; pero tampoco exige de una aproximación a la visión *desde dentro de sus propios personajes*, que es lo que con toda modestia voy a intentar en este trabajo. No hay en él sombra alguna de negativismo, entre otras razones porque durante muchos años he participado de los posibles errores interpretativos.

2. Búsqueda de una atocha en la selva enmarañada.

Uno de los más viejos sofismas consiste en definir lo desconocido o poco sabido por un calificativo genérico. No hace mucho alguien definía a Rafael Alberti en el más popular de los *mass media*, la televisión, como el último poeta vivo de la Generación del 27. El hecho era cierto (si se prescindía de Ernestina de Champourcin, que existía cuando se pronunció dicha frase); pero, ¿sabían los televidentes quiénes formaban dicha generación y cuáles fueron sus características literarias? En el caso del 98 el problema aún es más complejo; su bibliografía sólo es superada por la de nuestra Guerra Civil, y en ella se entremezclan desordenadamente las connotaciones militares (los desastres de Cavite y Santiago de Cuba, los heroísmos, que los hubo), políticas (pérdida de las últimas colonias de Ultramar, fin del descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo, posición europea de España, cri-

¹ En 1937, Angel Valbuena Prat, *Historia de la literatura española*, Gili, Barcelona, 1937, II, 918-960; no utilizó la expresión Generación del 27, sino que habló del "apogeo de la poesía pura"; en él incluye a Diego, Lorca, Alberti, Guillén y Salinas, por este orden. A Dámaso Alonso, Cernuda, Prados, Aleixandre, Altolaguirre, De la Torre, E. Champourcin y C. Méndez, los coloca en el capítulo siguiente, titulado "La nueva literatura". De la vuelta a Góngora dice que es la "gran adquisición crítica" de Dámaso Alonso. En este caso, como respecto de la Generación del 98, utilizo el valioso manual de Valbuena tanto por su temprana fecha como por haber sido el utilizado por la mayoría de los que entramos en la Universidad española en 1939 y por los que nos siguieron en los años cuarenta.

De la generación poética de 1927 poseemos una "prueba" gráfica: la famosa fotografía del acto de Sevilla en la conmemoración del tercer centenario de la muerte de Góngora. Después, el ámbito de referida generación se ha extendido a otros poetas, a la literatura en general e incluso a la filología árabe (E. García Gómez), la filosofía (X. Zubiri) y hasta a la ciencia (Duprier y Jiménez Díaz). También aquí *mea culpa*.

sis de la restauración canovista), y culturales (un nuevo estilo de literatura), con elementos ideológicos previos (la decadencia española, las dos Españas).

Sin embargo, si nos fijamos en las fechas, podríamos decir lo que Ortega contaba que afirmaba un profesor de Derecho Romano: *empezó por no existir*. Anticiparé que puede aceptarse la fecha de 1908 como la del orto social del nombre Generación del 98, después veremos con qué limitaciones *a parte ante* y *a parte post*. Como siempre, a Pío Baroja no le gustó su inclusión en ella, la rechazó casi a vuelta de página y murió sin querer reconocerla. Valbuena Prat escribiría en 1937: “Baroja, que se empeñó en no admitir esta fecha, es también el más literal representante de ella, como Zuloaga en la pintura”². Pero conviene recordar, ante la ideologización de la Generación del 98, que el tan ignorado como excepcional mensaje a la opinión pública para elevar un monumento a los soldados que lucharon en Cuba y Filipinas, fue redactado por Azorín³ que escribió: “y es cierto que nadie sentía más que nosotros la tragedia de España en Cuba y Filipinas y que a nosotros se debe –a Maeztu, a Baroja y a mí– la erección de un monumento a los héroes de esas guerras”⁴. Pienso, pues, que éste es el sendero por el que podemos adentrarnos en el bosque de la Generación del 98.

3. La presentación social de la Generación del 98.

La tardía proclamación *coram populi*, aunque fuese el tan reducido que leía y comentaba, de la Generación del 98 es aún más significativa por la rapidez con la que aparecieron sus anteceden-

² A. Valbuena, 855.

³ Azorín, *Obras Completas*, Aguilar, Madrid, VI, 155 (cit. *Obras*). “Redacté yo el mensaje a la opinión”.

⁴ Azorín, *Obras*, VI, 253. El monumento se erigió en el madrileño Parque del Oeste: cuatro columnas que sostenían el globo terráqueo. Se destruyó durante los combates de noviembre de 1936. Con posterioridad, al reconstruirse cuanto entonces fue arrasado del parque, al parecer lo único que se olvidó fue el monumento a los héroes de Cuba y Filipinas. Ignoro si más tarde se reconstruyó o si ahora se piensa en reconstruirlo.

tes. Así, la primera referencia no española a la Generación del 98 que tendría un cierto eco, aparece en un trabajo sobre Galdós de un crítico norteamericano, J. B. Trend, titulado “Pérez Galdós and the Generation of 1898” publicado en *A picture of Modern Spain*, Boston / New York, 1921. Sin embargo, Galdós parece no haberse enterado del 98 tal como éste fue presentado. La tercera serie de los *Episodios Nacionales* se publicó entre 1898 y 1900; la cuarta, del 1902 al 1907; la quinta y última, de 1908 a 1912. El último episodio lo tituló *Cánovas*; de haber escrito otro más siguiendo el mismo ritmo histórico, el siguiente hubiera podido ser *1898*. He aquí, pues, a un presunto pre-noventayochista que perdió catorce años por no saber que lo era.

Como imagen escolar de la presentación de la Generación del 98, puede utilizarse el siguiente texto de Valbuena Prat: “La fecha de 1898 es todo un símbolo de historia y de cultura. La pérdida de las últimas colonias españolas, el desastre de la guerra con los Estados Unidos, sumieron al espíritu nacional en la desesperación, en la desilusión. Como en otros momentos comparables de desaliento nacional, con ser muy dolorosa la realidad, aún se hizo mayor en las mentes y en los labios desesperanzados. El español hizo una vez más trofeos de sus propias miserias, y su crítica de los valores raciales fue negativa y doliente. El tinte pesimista de una forma literaria llegaba a otras manifestaciones artísticas, como la pintura de Zuloaga [...]. No importa que algún autor haya motejado la fecha de inexacta. Lo que importa es el símbolo de ese año, y él puede ser el aglutinante de las rebeldes individualidades de sus autores. Una vez más, altas figuras culturales se preguntaban sobre su razón histórica y su futuro destino, y planteaban una crítica que dentro de sus aspectos más negativos encerraba una poderosa afirmación. *Les dolía España* a esos autores, para emplear una expresión del escritor más profundo del 98, y era más lo que creaban que lo que destruían con su criticismo”⁵.

⁵ A. Valbuena escribe, o al menos corrige las pruebas de su manual, en plena Guerra Civil. Ignoro los retoques que pudo hacer con el texto que pudiéramos considerar como original y que, en gran parte, era anterior al alzamiento militar de julio de 1936; sí conozco que hubo algunos en el texto impreso cuando éste se difundió en 1939. Una de las fuentes de Valbuena, como de otros críticos, lo confiesen o no, es el acertado libro de César Barja, *Libros y autores contemporáneos*, Suárez, Madrid, 1935. La primera referencia foránea importante es la de H. Petricone, *Die Spanische Literatur der Gegenwart (seit 1870)*, Wiesbaden,

Como a la Generación del 98 se le dio rápidamente una dimensión ideológica, este puesto se le atribuye a Unamuno, sin verificar previamente si el Unamuno anterior al 98 pensaba ya o no como el posterior a dicha fecha. En este error incurrí en mis años mozos salmantinos, contribuyendo a su difusión: *mea culpa*⁶. Nadie recurrió antaño, y dudo que se haga ahora, a comparar los textos de sabor neo-noventayochista posteriores a 1898 con otros anteriores del mismo o semejante talante; cuando empezó a hacerlo un doctorando salmantino ya era demasiado tarde para desmontar el cli-sé⁷.

1926; la más difundida fue la de J. Cassou, *Panorame de la littérature espagnole contemporaine*, Gallimard, Paris, 1929. Esta obra de Cassou influirá después en numerosos expositores españoles y americanos, posiblemente por el prestigio que entonces tenía la literatura y la crítica literaria francesas. Naturalmente, tanto en el período 1913-1921, como en las fechas posteriores hasta 1936 hay otros trabajos, algunos auténticas fuentes; pero el estudio de ellos no es a mí a quien corresponde.

Aparte de los libros citados de Jean Cassou y César Barja, la comparación de la Generación del 98 literaria con la pintura de Zuloaga depende de Ortega, en especial de su brillante y amenazador análisis del cuadro *Ignacio el Botero*. En lo ideológico, Valbuena es deudor del espíritu de los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, como sucede con la frase final del texto reproducido. La valoración de Unamuno como base ideológica del 98 procede del período 1926-1936, aproximadamente.

⁶ Aparece en tres de mis artículos sobre Unamuno; la difundí durante casi veinticinco años: en unos veinticinco cursos de pensamiento español en los que abundaban los alumnos no españoles y en cinco, al menos, sobre el mismo tema que impartí a los alumnos de la *Pensilvania State University*, además de en numerosas conferencias. Por lo tanto, si pecado fue, bien empecatado estuve. Sin embargo, en un minúsculo trabajo sobre Bergson y Unamuno, publicado en París, señalé las claras diferencias entre la postura de Unamuno y la de Antonio Machado, aunque éste se tuviese por unamuniano.

⁷ El dicho de Unamuno, que le dolía España, también se ha convertido en clisé. Como ahora no está de moda sino todo lo contrario, recordaré la no hace tanto famosa frase de José Antonio Primo de Rivera: *amamos a España porque no nos gusta*. "Discurso sobre la Revolución española" pronunciado en el cine Madrid el 19 de mayo de 1935. *Escritos y discursos. Obras completas, 1922-1936*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1976, vol. II, 678. Si en ella hay o no un eco unamuniano es problema aleatorio; pero al menos el paralelismo es evidente, no sólo con Unamuno sino también con Antonio Machado. Como curiosidad: más de una vez he leído u oído atribuir la expresión joseantoniana a Don Miguel de Unamuno.

Sentados los principios que tan bien resumió Valbuena Prat en el texto antes citado, se explica el noventayochismo *avant la lettre* de Ganivet, pues el *Idearium* es de 1897 y los dos *Pío Cid* de 1897 y 1898, respectivamente. A renglón seguido, la descripción de la crítica social y de sus posibles remedios se mezcló con los textos “regeneracionistas” de Joaquín Costa, y hasta se construye toda una Generación regeneracionista más o menos contemporánea de la Restauración canovista: Clarín, Costa, Galdós, Lucas Mallada, Luis Morote, R. M. Picavea. Incluso ahora, hace unos meses, al presentar la conmemoración institucional del 98, el Presidente del Gobierno Español la realizó en Salamanca, bajo la sombra protectora del eco universal y patrio de Unamuno, y cabe las hermosas efigies que Victorio Macho y Pablo Serrano hicieron del paradójico rector salmantino.

A la presentación ideológica se unió pronto una descripción tópica: la de Castilla: “el descubrimiento del paisaje castellano es la gran adquisición estética del 98 [...]. Esos tonos sombríos [de Zuloaga], esas tristes aldeas sin vida, esos rostros secos y amarillentos, Cristos lívidos, torres solitarias y llenas de alma, son el mejor marco plástico para situar la literatura del 98”⁸. Sólo falta la premonición orteguiana de los desastres de la Guerra Civil: que se hiciera sangre el contenido de los pellejos de vino de *Gregorio el Botero*. Si las cosas eran así, ¿por qué se excluye a Manuel Machado de la Generación del 98, cuando retrata al Cid, *polvo y sudor?*, ¿o a Ortega de en *Castilla no hay curvas?*; ¿por qué se incluye a Baroja, que no admite tal generación y hoy ni se cita a Maeztu que aceptó plenamente su inclusión? Simplemente porque la pura expresión azoriniana de 1913 es ya un clisé social que cada vez ha ido presentándose como una auténtica realidad que explicaba todo el ser de España *a parte ante*, judíos y musulmanes incluidos, y *a parte post*: la Guerra Civil.

La extensión y amplitud de la ideología noventayochista no ha cesado de incrementarse. Se recuerda al Quevedo de *Miré los muros de la patria mía*, a Jovellanos y a Larra. Pero antes de 1898, Picavea había hablado en concreto de los veintidós males que padecía España y Lucas Mallada había escrito en 1890 *Los Males de la Patria*. Por mi admiración vieja (desde 1942), permanente, ili-

⁸ A. Valbuena, 836.

mitada y casi siempre callada por sincera de Julián Marías, pondré un solo ejemplo de extensión. En *El método histórico de las generaciones* (1949), Marías, apoyándose en gran parte en Ortega y en la cronología, parece aceptar los siguientes nombres de autores de la Generación del 98: hermanos Álvarez Quintero, Arniches, Asín Palacios, Azorín, Baroja, Benavente, Blasco Ibañez, Gabriel y Galán, Ganivet, Gómez Moreno, los Machado, Marañón, Rubén Darío, Unamuno, Valle Inclán, Villaespesa. Puedo testimoniar que ni en las obras ni en la correspondencia privada de Asín Palacios he encontrado nada que lo relacione con tal generación, y que la célebre discusión de Asín y Ribera con Castillejo, que estuvo a punto de ocasionar la salida de los Bano Codera de la Junta para Ampliación de Estudios, prueba por qué otro camino iban. Lo mismo debo decir del Gómez Moreno de *La novela de la Historia de España*, que pocos han leído.

4. Más se perdió en Cuba.

Cuando quien esto escribe era niño, escuchó por vez primera la frase tópica; aún no se habrían cumplido los treinta años de la pérdida de la hermosa isla⁹. Sin embargo, si la frase se toma en el sentido material, sabido es que no existió una real pérdida económica. Pese a los esfuerzos norteamericanos, la deuda cubana no se cargó en la cuenta de España en el tratado de París. La economía española no se hundió en los primeros años del siglo XX, al contrario, en 1902 se advierte ya un despegue económico como ahora suele decirse. Quede, pues, para los especialistas este aspecto¹⁰; lo

⁹ Años después, mi padre me contó que el suyo, también maestro nacional como él, lloró el día que conoció el desastre de Santiago de Cuba. Muchos otros debieron hacer otro tanto. En cambio, ¿cuántos testimonios quedan de tales llantos tras de la derrota de Ayacucho?, ¿por qué no se acuñó un “más se perdió en Ayacucho o en Perú”?

¹⁰ Haré una sola pero brillante excepción. A. González de la Peña escribió en 1901: “Corría el año de 1898, y la guerra con los Estados Unidos de Norte América imponía al tesoro gastos que éste no estaba en condiciones de soportar por mucho tiempo [...]. Todos los que no podíamos mirar con desdén las desdichas de la patria, habíamos de presentir la catástrofe económica que racionalmente debía seguir a la política si no se acometía [...] un meditado plan de reorganiza-

operante en la frase que hace de entradilla es la mitificación del *desastre*. Para entenderla hay que recurrir a la comparación con la derrota de 1824. El 9 de diciembre de 1824, el ejército de Simón Bolívar, mandado por Sucre, derrotó al ejército colonial y expedicionario en la batalla de Ayacucho. Se trataba del golpe final; en realidad, entre 1810 y 1824 la independencia de las antiguas capitánías generales de América era un hecho. La guerra de 1813-1824 fue un conflicto civil; tan españoles eran los criollos, republicanos y constitucionalistas, partidarios de la independencia, como los que permanecían fieles a la metrópoli y a Fernando VII. En algunos casos incluso se advierte una división en razón de la edad. Así, en Buenos Aires, la mayoría de los viejos criollos votaron por mantener los lazos con la metrópoli; sus hijos, por la independencia; y la diferencia de votos fue reducida. Entre 1824 y 1833, nada se hizo por entender lo que había sucedido; *la década ominosa* ocultó todo; pero después se publicaron algunas memorias en las que hubieran podido expresarse explicaciones y reflexiones, y no fue así. *Las memorias de los años 1814 y 1820 al 24*, escritas por el Teniente general don Francisco de Copons y Navia, Conde de Tarifa, publicadas por su hijo en 1858, casi evitan el tema. *Mis memorias íntimas* de don Fernando Fernández de Córdoba, Marqués de Mendigorria, publicadas en tres volúmenes de 1886 a 1889, tan ricas en documentación, casi silencian el tema; y lo mismo don Agustín de Argüelles, *De 1802 a 1824*, publicado en 1864. Para no hacer más pesada la enumeración, Mesonero Romanos, tan detallista en los relatos de costumbrismo madrileño, parece pasar por alto el evento. ¿Es que los madrileños mayores de

ción de nuestro sistema tributario [...]. Hablábese mucho de regeneración, y sin dar a esta palabra toda la trascendencia y alcance que encierra, limité mis aspiraciones a llamar la atención de los poderes públicos y la del país en general [...], sobre la necesidad de subordinar los servicios todos del Estado a un rígido criterio de sabia y prudente economía [...]. Lo que entonces parecía imposible solución lo ha resuelto el patriotismo: el presupuesto, que venía saldándose con *déficit* considerable desde mediados del pasado siglo, se liquida con *superávit* de 77.197.418,13 pesetas en el primer semestre de 1899-1900 y de 88.386.320,80 en 1900". A. González de la Peña, *Los cambios y la liquidación de la guerra*, Imprenta de los Hijos de M.G. Hernández, Madrid, 1901. He utilizado el ejemplar dedicado a Don Antonio Maura al que no se debió prestar mucho interés, pues desde la página 33 estaban intonso sus cuadernillos. Sin embargo, su información es muy valiosa tanto por los estadillos numéricos de las páginas 89-107, como por el espíritu que la anima.

edad del período 1832-1842 no se habrían enterado o no recordaban nada? El más agudo de los críticos del período romántico, Mariano José de Larra, para muchos abuelo y raíz del planteamiento cultural del problema de España, parece no valorar la importancia que tuvo el descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo, lo que significó el modo como se perdieron las otras Españas y la trascendencia de la pervivencia de la lengua española en América. La grave situación económica después de la Guerra de la Independencia tampoco permitió valorar la significación económica futura de la pérdida de las provincias de Ultramar, como a veces se las denominó. Cabía esperar al menos una reacción social; pero no fue así.

Cuba, Puerto Rico y Filipinas, no eran moco de pavo; pero tampoco su valor económico fue extraordinario. Por el contrario, la España de la Restauración estuvo llena de encanto y nostalgia de las islas antillanas y de las Filipinas; recuérdese la tradición de las canciones antillanas y criollas, o los muebles de rejilla de estilo filipino que llenaron los hogares de la clase media española, en especial la rural, hasta 1936. La reacción social que no apareció, al menos visiblemente, en 1824, sí que estaba a flor de piel en 1898. Por esto nació el tan inexplicable como patente *más se perdió en Cuba*: la isla, muchas de sus gentes, el ejército y lo primero en orden cronológico, la marina de guerra.

5. Los desastres de la marina en Santiago de Cuba y Cavite.

La lectura de la prensa del año 1898 es muy penosa; ya lo advirtieron los literatos y pensadores de aquel momento y de los años siguientes. Sin recurrir a las soflamas criminosas del número del 2 de abril de 1898 de *La Tralla* de Bilbao o a *La Escoba y Vida Nueva*, *El País* y *El Siglo Futuro* rivalizaron en patriotería barata y desorbitada. Era inevitable, pues, que en este aspecto el criticismo noventayochista pudiese ser presentado como una reacción frente a las patrioterías belicosas, ocultando los heroísmos individuales de soldados y unidades que se batieron bajo la lejana irresponsabilidad, más ignorante que frívola, de los patriotas de despacho y tertulia. Sin embargo, recuérdese lo antes dicho de Azorín, Baroja y Maeztu sobre el homenaje a los soldados caídos.

Es cierto que los Estados Unidos querían la guerra con España; es más que posible que se hubieran contentado con comprar Cuba; pero como Pavón ha señalado, bien sabían que era imposible, pues los españoles de entonces creían que las últimas colonias de Ultramar se tenían por un trozo de España, “tierra que no se vende, ni se compra, ni se hipoteca, ni se da; cuya suerte puede cambiar la guerra, pero no el comercio”. A la salida de la cuarta de abono de la Plaza de Toros de Madrid, en la que lidiaron las reses Guerra, Fuentes y Bombita, se conoció el primer desastre. El estupor respondía a la ignorancia a que fue sometida la población española. Los desastres navales de Cavite y Santiago de Cuba fueron más sentidos en cuanto siempre fue ponderada la gloria de nuestros marinos y barcos. Repasando los textos de los libros escolares que leí entre los siete y nueve años de mi edad (1927-1929), en ellos aparece el eco de la “gloriosa” campaña de la marina de guerra española en el Pacífico en el año 1868, con el bombardeo de Valparaíso y El Callao, y la famosa frase atribuida al brigadier Don Casto Méndez Núñez: “España prefiere honra sin barcos a barcos sin honra”, lo que se cumplió en 1898. Sin embargo, no he sabido encontrar un sólo texto de Azorín, Baroja, Antonio Machado, Maeztu, Miró, Unamuno y Valle Inclán fechado entre 1898 y 1908 que aludiera directamente y por su nombre a los eventos militares de 1898.

6. La posible “invención” orteguiana del noventayochismo.

El análisis anterior obliga a aceptar la ya conocida distinción entre los autores de la llamada Generación del 98 y el noventayochismo. Miró y Valle Inclán, ni son noventayochistas, ni presentan paralelismos ideológicos y literarios con el resto de sus coetáneos tenidos como noventayochistas; en el caso de Miró ni el estilo ni los temas son coincidentes; en el de Valle Inclán sus críticas, a la vez castizas y pajoleras, recaen sobre las farsas y licencias del siglo XIX, por decirlo usando la referencia al título de una de sus piezas teatrales más representativas. Maeztu coincidió durante algún tiempo en el desprecio del parlamentarismo en política y en la crítica social que Gonzalo Sobejano presenta como típicos de la

Generación del 98¹¹. Al Azorín posibilista y “laciervista” difícilmente pueden aplicársele dichas connotaciones. Por tanto, deberíamos prescindir de la tesis *Generación del 98* y partir de la síntesis *ideología noventayochista*.

Como ya señaló Cacho Viu, el “inventor” del noventayochismo fue Ortega, como puede comprobarse releiendo una serie de textos de 1908. Así, el primer noventayochista citado por Ortega no es un escritor sino un pintor: Zuloaga. “Cuidemos de ocultar la bastedad nativa: no descubramos, como malos hijos, el cuerpo del patrio Noé cuando está beodo e impresentable. Y si lo hacemos, sea suscitando, a fuerza de genio, idealidad sobre nuestras lacerias, como ese pintor Zuloaga que anda por el mundo removiendo las almas con la barbarie pintoresca de nuestras llagas”¹². ¿Quién escribió antes en tan pocas líneas, *bastedad*, cuerpo patrio *beodo e impresentable*, *lacierias*, *barbarie*, *llagas*? La España tradicional ya no sirve ni tampoco los remedios habituales para sacarla de su postración, que sólo puede venir sustituyéndola por la que surja del cultivo de la ciencia: “¿Ha habido, de 1898 acá, programa alguno que considere la ciencia como la labor central de donde únicamente puede salir esta nueva España?”¹³. En 1906 Ortega no citaba la ciencia sino la industria en un conocido texto que siempre valoró: “Que vuelva a correr el pasado por nuestras más viejas fuentes, y pronto ha de alzarse en derredor de Toledo y Córdoba, junto a las riberas del Tajo y del Guadalquivir, muchedumbre de fábricas que darán al aire petulantemente el humo de sus chimeneas”¹⁴.

Zuloaga es la constante plástica del noventayochismo orteguiano. Así en 1910, tres años antes del artículo de Azorín, Don José escribe: “En la pintura de Zuloaga rebotan los corazones y van a parar rectos al problema español; sus cuadros son como unos ejercicios espirituales que nos empujan [...] a un examen de conciencia nacional”¹⁵. “Zuloaga ha pintado el enano Gregorio el Botero.

¹¹ G. Sobejano, *Nietzsche en España*, Gredos, Madrid, 1967.

¹² J. Ortega y Gasset, *Obras completas*, Revista de Occidente, Madrid, I, 31953, 84 (cit. *Obras*).

¹³ J. Ortega y Gasset, *Obras*, I, 102.

¹⁴ J. Ortega y Gasset, *Obras*, I, 429.

¹⁵ J. Ortega y Gasset, *Obras*, I, 140.

Una figura deforme de horrible faz, ancha, chata y bisoja [...]. Sobre el suelo se alzan, y apoyados en su hombro se mantienen en pie, dos hinchidos pellejos que conservan las formas orgánicas del animal que en ellos habitó y afirman un no remoto parentesco con el hombre monstruoso que los abraza como a dos semejantes [...]. Tú, duende familiar, espíritu de la raza [...]"¹⁶.

El año 1898 es citado explícitamente por Ortega en 1908, en el texto más arriba citado. En 1910 es calificado ya de *año tristísimo*. "Fue un año tristísimo: 1898: ¡Qué abismo de dolor! ¡No es cierto? Entonces se empezó a hablar de regeneración"¹⁷. ¿A qué dolor se refiere Ortega? ¿al dolor por los muertos, por la pérdida de las últimas colonias de Ultramar o al dolor por la situación de España? Pienso que al dolor ideológico noventayochista. Antes, en 1909 había escrito: "Por lo que respecta a España, es innegable que nos hallamos en lo más cerrado de uno de estos periodos en que todo parece ominoso rebajamiento"¹⁸. En 1910 la ideología noventayochista es nada menos que el obligado punto de partida: "Creo, señores, que la amargura debe ser el punto de partida que elijamos los españoles para toda la labor común"¹⁹.

Sin embargo, en 1914, el noventayochismo es remontado por Ortega hasta 1890: "Hacia 1890, he dicho, hace crisis el alma nacional. Quiero decir que hacia esa fecha comienza a prepararse una generación de españoles que espontáneamente, [...] por impulso original e innato, no como una averiguación hecha *a posteriori*, duda de la realidad de España"²⁰. Si es ya en 1890 y *por impulso natural e innato*, ¿para qué vincular dicha ideología con 1898? Ortega supone que los del 98, entre los que incluye a Benavente, lo que atacan es a la *España constituida*, a la *España oficial* frente a la *España vital*: "¿A donde podría conducir todo esto? Al 98. ¿Cómo dudar de la existencia de esas dos Españas incomunicantes e incompatibles?"²¹.

¹⁶ J. Ortega y Gasset, *Obras*, I, 538-539, 544-545.

¹⁷ J. Ortega y Gasset, *Obras*, I, 521.

¹⁸ J. Ortega y Gasset, *Obras*, I, 460. En 1911 remacha: "En la triste fecha de 1898", *Obras*, I, 164.

¹⁹ J. Ortega y Gasset, *Obras*, I, 504.

²⁰ J. Ortega y Gasset, *Obras*, IX, ³1971, 484.

²¹ J. Ortega y Gasset, *Obras*, I, 271 y 283. "Unamuno, Benavente, Valle Inclán, Maeztu, Martínez Ruiz, Baroja... fue una irrupción de *bárbaros* interiores [...].

No se trata de una reflexión impar y tardía. En 1910 había escrito: “¿No puede afirmarse que de veinticinco años a esta parte no se ha levantado sobre la planicie mental de nuestro pueblo nada que merezca ser llamado un punto de vista?”²². Veinticinco años antes era 1885, fecha que no encaja ni con el noventayochista 1898, ni con el pre-noventayochismo de 1870 y sí con el regeneracionismo. Sin embargo, la fecha definitiva le sigue pareciendo la de 1898: “[Una asociación] que nació a la atención reflexiva en la terrible fecha de 1898, y desde entonces no ha presenciado en torno suyo, no ya un día de gloria ni de plenitud, pero ni siquiera una hora de suficiencia”²³.

Si se toma la cita en su explícita amplitud, ni siquiera los incluidos antes por él en la Generación del 98 habían reflexionado del modo debido. En 1908 acaso salvase a Maeztu: “Estimo sobremanera las intenciones de Maeztu, y su fuego patriótico [...]. En este negocio de la precisión, querido Maeztu, me veo obligado a romper con todas las medias tintas. Nuestra enfermedad es envagucimiento, achabacanamiento [...]. Ganivet –del cual tengo una opinión muy distinta de la común entre los jóvenes, pero que me callo por no desentonar inútilmente–, leyó un librito, muy malo por cierto [...], se entusiasmó y soltó la especie de la *abulia* española”²⁴.

Se ha dicho que el antiunamunismo de Ortega tuvo mucho que ver con el intento orteguiano de atraerlo a sus posiciones político-teóricas; pero en 1908 había escrito: “Soy el primero en admirar el atractivo extraño de su figura, silueta descompasada de místico energúmeno [...]. El espíritu de Unamuno es demasiado turbulento y arrastra en su corriente vertiginosa, junto a algunas sustancias de oro, muchas cosas inútiles y malsanas”²⁵. Si Unamuno es el espíritu capital de la ideología noventayochista, poco contribuye a ella, pues frente a *algunas* cosas brillantes tenía *muchas* “inútiles y malsanas”. Pienso, pues, que Ortega inventa (en el sentido origi-

Convergián en la incapacitación de la España constituida: historia, arte, ética, política”. J. Ortega y Gasset, *Obras*, IX, 496.

²² J. Ortega y Gasset, *Obras*, I, 143.

²³ J. Ortega y Gasset, *Obras*, I, 268 (fecha 1914).

²⁴ J. Ortega y Gasset, *Obras*, I, 122 y 113.

²⁵ J. Ortega y Gasset, *Obras*, I, 118.

nal de descubrir) la ideología noventayochista, pues los hombres del 98 serían cuando más los bárbaros (léase germánicos) debeladores de la España podrida, y no los constructores de la nueva España, misión que Ortega se atribuyó, si no en exclusiva, sí al menos como director principal.

7. El descubrimiento azoriniano del 98 literario.

Se repite con insistencia que el término y la idea del 98 procede de los artículos de Azorín de 1913. Los textos de Ortega demuestran que el 98 como fecha y el noventayochismo existían antes, al menos desde 1908. Sin embargo, en 1905 Azorín era ya escéptico en cuanto a una próxima regeneración nacional: “[soy escéptico sobre] las esperanzas que pudiéramos alimentar sobre una reconstrucción próxima de España [...]. Nosotros, los españoles, estamos pasando la Pasión como Nuestro Señor Jesucristo”²⁶. Al parecer, algunas de nuestras infelicidades se remontaban a la invasión islámica: “El río [Guadalete], infausto, trágico”²⁷. Seguía siendo escéptico en 1920 cuando apostilló bien tardíamente la carta de Don Francisco Giner de los Ríos agradeciéndole el envío del libro *España. Hombres y Paisajes*: “¿Cuándo vendrá esa hora [de la nueva España]?”.

Azorín no parte de una ideología noventayochista previa. Las *Lecturas españolas* (1912) están dedicadas a Larra y encabezadas con citas de Cadalso (1768), Larra (1835) y Costa (1901). “En la obra total de Larra —escribe— es preciso considerar la estética, la crítica social y la concepción del problema de España”²⁸. En principio, pues, Azorín sigue la línea dialéctica del llamado regeneracionismo. Además es el primero y casi único, si soslayamos las firmas de Baroja y Maeztu en la petición de un monumento a los soldados muertos en Cuba y Filipinas, que ha fijado su atención en los aspectos militares del 98, citando el libro de Don Dámaso

²⁶ Azorín, *Los pueblos*, en *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1975, vol. I, 743 y 745 (cit. *Obras*).

²⁷ Azorín, *Obras*, I, 745. En 1914 Azorín escribe que tal río es una repetición, ¿quería decir que era una falsedad social como exigía el contexto?

²⁸ Azorín, *Lecturas españolas*, en *Obras*, I, 961.

Isern, *De la defensa nacional*, publicado en 1901: “Al tratar Don Dámaso Isern de las causas del desastre durante las guerras coloniales, escribe unas páginas admirables, emocionantes”²⁹. Por todo ello conviene analizar los textos de *Clásicos y Modernos* (1913) en la que se encuentran los datos más concretos y las ideas más meditadas sobre la Generación del 98 así explícitamente citada.

La Generación de 1898 es la continuidad de “la gran corriente ideológica de 1870 a 1898, representada principalmente por Echegaray, Campoamor y Galdós, que concluye lógicamente –avivada por el desastre– a la crítica social, ahora más aguda que antes, que florece desde 1898 hasta algunos años después”. Para la literatura dicha Generación del 98 “fue un renacimiento”. Los “hombres de la Generación de 1898 son Valle Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Bueno, Maeztu, Rubén Darío”³⁰. A continuación aparece la interpretación ideológica del fenómeno: “Un espíritu de protesta, de rebeldía animaba a la juventud de 1898. Ramiro de Maeztu escribía impetuosos y ardientes artículos, en los que se derruían los valores tradicionales y se anhelaba una España nueva, poderosa. Pío Baroja, [...] Valle Inclán [...]”³¹.

Poco más adelante, Azorín hace una descripción perfecta del espíritu de los hombres de letras de dicha generación: “[1º] La Generación de 1898 ama los viejos pueblos y el paisaje; [2º] intenta resucitar los poetas primitivos Berceo, Juan Ruiz, Santillana; [3º] da aire al fervor por el Greco; [...4º] se rehabilita a Góngora; [5º] se declara romántica en el banquete ofrecido a Pío Baroja; [y 6º] siente entusiasmo por Larra. La Generación de 1898, en suma, no ha hecho sino continuar el movimiento ideológico de la generación anterior: ha tenido el grito pasional de Echegaray, el espíritu corrosivo de Campoamor y el amor y la realidad de Galdós”³².

²⁹ Azorín, *Clásicos modernos*, en *Obras*, I, 1130.

³⁰ Azorín, *Obras*, I, 1131, 1132 y 1133. Por tanto, Azorín no cita a los regeneracionistas ideólogos, Costa, Mallada, Morote, Picavea, y une a Echegaray y Campoamor, tan criticados por otros, con Galdós. Aún resultaría más curiosa la inclusión en el 98 de Rubén Darío, si no fuera porque aquí Azorín habla de los hombres del noventa y ocho, no del noventayochismo al modo orteguiano.

³¹ Azorín, *Obras*, I, 1134. Debe entenderse que los que eran jóvenes en 1898 escribieron después, pues no hay artículos ni obras noventayochistas de Maeztu, Baroja y Valle Inclán situables entre 1898 y 1906.

³² Azorín, *Obras*, I, 1135.

Conviene meditar estos principios, pues si los dos primeros y el sexto son universales y han sido recogidos por los teorizadores e historiadores del noventayochismo, no sucede igual con otros. Así el gusto por el Greco se adelanta unos años más, con lo que Azorín aparece como precursor, y la rehabilitación de Góngora, punto de partida de la generación poética de 1927, sólo aparece en Azorín, pues en la poesía de Antonio Machado (que coincide en el aprecio por Berceo, Juan Ruiz y Santillana, a los que agrega Jorge Manrique), nunca apareció nada, ni en prosa ni en verso, que signifique una revalorización de Góngora. Si fue cierto que en el banquete a Pío Baroja los hombres de la generación se confesaron románticos, cae por su base la tesis de la ideología noventayochista que los caracteriza como antirrománticos. Salvo Azorín, ninguno valora el supuesto “grito pasional” de Echegaray, y el espíritu “corrosivo” de Campoamor; a los más les parece más bien un conjunto de cursilerías sonrosadas y ramplonas.

Azorín, pues, como literato se siente hombre del 98, mas sin presentarse con la ideología noventayochista trazada por Ortega. Incluso sabe apreciar que existe “otro” noventa y ocho: el de los españoles perdedores de la guerra que permanecieron en Cuba: “Indudablemente, en Cuba, la guerra colonial ha dejado un cierto sedimento afectivo, sentimental; no podrían los españoles residentes allí escuchar o leer una crítica de las cosas de España con la ecuanimidad relativa con que las escuchamos o leemos [acá]”³³. La crítica social a la que tantas veces se refiere Azorín no es la de los hombres del 98, sino la de los regeneracionistas anteriores a dicha fecha: “Costa, Giner, Pi y Margall, Maura, Azcárate, Sánchez Toca, Macías Picavea ¿cuán áspera y veracísima crítica no han hecho [...]?”³⁴. La inclusión en la relación de Maura, Azcárate y Sánchez Toca, que los expositores del noventayochismo ideológico no citan, es un dato más para situar a Azorín como hombre de la generación literaria del 98 y no como miembro de la ideología noventayochista.

³³ Azorín, *Obras*, I, 1268. Escrito en 1913.

³⁴ Azorín, *Obras*, I, 1271.

8. La antítesis “contranoventayochista” de Baroja.

Bien conocido es el rechazo barojiano de su adscripción a la Generación del 98. El resumen más claro es uno de 1935: “Así, pues, joven profesor, si piensa usted publicar un manual de literatura española, puede usted decir, al hablar de la mítica Generación del 98, sin faltar a la verdad: primero, que no era generación; segundo, que no había exactitud al llamarla de 1898; tercero, que no tenía ideas suyas; cuarto, que su literatura no influyó, ni poco ni mucho, en el advenimiento de la República; y quinto, que tampoco influyó en los medios obreros, donde no llegó, o si llegó, fue mal acogida”³⁵. Ignoro a qué joven profesor se refiere Baroja, ¿acaso a A. Valbuena Prat que entonces preparaba el manual que publicó en 1937? En cambio por aquellas fechas Eugenio Montes había sostenido que la ideología noventayochista había influido en los medios sindicales españoles, hipótesis imposible de demostrar; a lo más a algunos líderes les llegó el “ruido” del 98, las nueces iban por otros muy distintos caminos como se vio un año después.

Baroja ha expuesto con detalle su tesis, tanto genéricamente como en concreto respecto a sus supuestos integrantes. Así, en el artículo “La supuesta Generación de 1898”, incluido en *Divagaciones apasionadas*, escribe en 1924: “Quizá [...] habréis leído que en la época actual hay en España una generación de escritores, la Generación de 1898, y que yo pertenezco a ella [...]. En España nunca ha habido escuelas bien definidas [...]; en parte por individualismo [...]. Yo no creo que haya habido, ni que haya, una Generación de 1898. Si la hay, yo no pertenezco a ella. En 1898 yo no había publicado apenas nada, ni era conocido, ni tenía el más pequeño nombre. Mi primer libro, *Vidas sombrías*, apareció en 1900. No me ha parecido nunca uno de los aciertos de *Azorín* el bautizador y casi el inventor de esta generación, el de asociar los nombres de unos cuantos escritores a una fecha de derrota del país, en la cual ellos no tuvieron la menor parte. Con 1898, época del desastre colonial español, yo no me encuentro tener relación alguna [...]. La verdadera gente de 1898 fueron los políticos Sagasta, Montero Ríos, Moret, Maura, Romanones, García Prieto y los

³⁵ P. Baroja, “La influencia del 98” en *Artículos, Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948, vol. V, 1244 (cit. *Obras*).

escritores y artistas Galdós, Castelar, Echegaray, Valera, Nuñez de Arce, Letamendi, el doctor Simarro, el pintor Pradilla, los dramaturgos Sellés y Cano, los actores Calvo y Vico, y hasta los toreros *Lagartijo* y *Frascuolo* [...]. Los escritores que hicimos algunas campañas de prensa a principios del siglo XX en España nos pusimos casi todos en una actitud contraria a los hombres de la Restauración [...]. Entre los que comenzamos por entonces había hombres de todas las tendencias. Unos, la mayoría, cultivaban lo que se llamaba [...] el modernismo [...], pero como no había entre nosotros un ideal común, cada uno marchaba por su lado. Benavente, [...] Valle Inclán, [...] Unamuno, [...] Maeztu [...], *Azorín* [...] y yo [...]. Respecto a Blasco Ibañez, también de nuestro tiempo, a quién no sé por qué no se le ha incluido en la supuesta Generación de 1898 [...]. Una generación que no tiene puntos de vista comunes, ni aspiraciones iguales, ni solidaridad espiritual, ni siquiera el nexo de la edad, no es generación; por eso la llamada Generación del 98 tiene más carácter de invento que de hecho real”³⁶.

En 1935 lo repite: “Yo siempre he afirmado que no creía que existiera una Generación del 98. El invento fue de *Azorín*, y aunque no parece de mucha exactitud, no cabe duda que tuvo gran éxito [...]. Benavente debía de ser ya conocido en este tiempo; quizá también Unamuno. Los demás, me figuro que no [...]. Tampoco se sabe a punto fijo quienes formaban parte de esa generación [...]. Algunos han incluido en ella a Costa, y otros, a J. Ortega y Gasset, que se dio a conocer ya muy entrado este siglo [...]. Se ha dicho que la generación seguía la tendencia de Ganivet [...]. Entre los escritores que conocí, no había nadie que hubiese leído a Ganivet. Yo, tampoco. Ganivet, en este tiempo, era desconocido [...]. El 98 no tenía ideas, porque éstas eran tan contradictorias, que no podían formar un sistema ni un cuerpo de doctrina [...]. Yo creo que no había entre los escritores que figuraron en la supuesta Generación del 98 ninguno que fuera republicano ni socialista [...]. La verdad es que la [supuesta] Generación del 98 era muy exigua y nadie le daba importancia. Que Unamuno influyera en el descrédito de la Dictadura y en la caída de la monarquía [...] es

³⁶ P. Baroja, *Obras*, V, 496-497.

evidente que lo hizo de una manera personal, política y más bien nueva con relación a sus tendencias anteriores³⁷.

En dicho punto de la influencia política de la Generación de 1898, Baroja es tajante. En los años treinta, tirios y troyanos encasillaron a la Generación del 98 donde mejor les convenía para sus fines políticos. La reacción sedicente nacionalista y tradicional de los años cuarenta hizo blanco de los hombres y de las ideas del 98; algunos casi le atribuyeron el origen de los “males” que condujeron a la Guerra Civil. Aparte de la gran excepción de Julián Marías, el grupo de la revista *Escorial* (Alfaro, Conde, Gómez Arboreya, Lain, Panero, Ridruejo, Rosales, Tovar, Vivanco) fue el primero que reivindicó el valor de la referida generación. Lain publicó en 1945 un libro excepcional: *La Generación del 98*, ahora reeditado íntegramente, cincuenta y dos años después. Aparte del valor intrínseco de dicha obra, aumentado por la fecha en que apareció, en ella se codificó definitivamente el ámbito y sentido de la Generación del 98, extendiéndola hasta la filosofía y la ciencia. Es mérito singular de Baroja, haber sido el primero que negase la influencia perversa de la Generación del 98: “[...] La influencia disolvente y nefasta de la Generación del 98. ¡Qué idea más cómica el pensar que una persona, por haber leído [...] a] Unamuno, [...] *Azorín*, [...] Valle Inclán, Benavente, vaya a salir a la calle a andar a tiros. Es una idea de portera. Lo único que pienso que ha influido últimamente en la política, principalmente por su forma literaria, ha sido la obra de Ortega y Gasset en la ideología del fascismo español³⁸.

También es mérito de Baroja la puntualización cronológica. Si una generación es tal al cumplir los treinta años la del noventa y ocho debería ser del novecientos: “Yo he intentado, si no definir, caracterizar lo que era esta generación nuestra, que se llamó de 1898, y que yo creo que podía denominarse, por la fecha de nacimiento de la mayoría de los que la formaban, de 1870, y por su época de iniciación en la literatura ante el público, de 1900. Fue una generación excesivamente libresca. No supo, ni pudo, vivir

³⁷ P. Baroja, *Obras*, V, 1240-1244.

³⁸ P. Baroja, *Obras*, VII, 810.

con cierta amplitud, porque era difícil en el ambiente mezquino en que se encontraba³⁹.

Baroja reconoce al regeneracionismo como algo más real, que él no comparte. Así el 15 de marzo de 1899 escribe: “Él [Maeztu] siente la necesidad de la regeneración de la patria, anhelos de que España sea grande y próspera, y nosotros, la mayoría no sentíamos, ni esa necesidad, ni esos anhelos⁴⁰”. Las referencias al 98 militar son escasas, pero ilustrativas: “Muchos creían que los yanquis correrían como liebres delante de nosotros, y que sus barcos eran mucho peores que los nuestros⁴¹”. En *Silvestre Paradox*, publicado en 1901, se hace un agrio retrato del Madrid de aquel tiempo; pero del ambiente de 1898 no dice nada. En el prólogo a *La Dama Errante* expresa su opinión negativa sobre nuestro pasado histórico: “Todos los pasados, y en particular el español, que es el que más me preocupa, no me parecen espléndidos. [...] Y eso que] el que lea mis libros y esté enterado de la vida española actual, notará que casi todos los acontecimientos importantes de hace quince o veinte años a esta parte aparecen en mis novelas⁴²”. “España es hoy el país ideal para los decrepitos, para los indianos, para los fracasados⁴³”. La mejor referencia a su agria y real definición del desastre político-militar de 1898 es la del artículo “Vieja España, patria nueva” publicado en *El Tablado de Arlequín* (1904): “Se han perdido las colonias; se han podado las últimas ramas, y España queda como el tronco negruzco de un árbol desmochado⁴⁴”. También en el caso del Greco, Baroja es un precursor, pues lo cita en 1900.

En época tan temprana como 1901, Baroja escribió el prólogo de uno de los primeros libros de Azorín, *La fuerza del amor*, y lo retrata sabiamente y nada noventayochista: “Hay entre nosotros, en la generación actual que empieza a vivir literariamente, una gran aspiración hacia el infinito, una ansia indeterminada a la

³⁹ P. Baroja, *Obras*, V, 659.

⁴⁰ P. Baroja, *Obras*, V, 862.

⁴¹ P. Baroja, *Obras*, V, 818.

⁴² P. Baroja, *Obras*, II, 231.

⁴³ P. Baroja, *Obras*, II, 233.

⁴⁴ P. Baroja, *Obras*, V, 30. Este artículo es muy esclarecedor sobre el tema y a él deben agregarse los “ritomelli” de II, 96 y 100 y I, 63.

idealidad [...]. Martínez Ruiz es un idealista algo extraño; idealista como puede ser un espíritu genuinamente español [...]. Y sin embargo Martínez Ruiz es un hombre que inquieta a los escritores [...], es un espíritu esencialmente español. Seco, amargo, sin ese soplo de poesía panteísta [...]. Sus obras parecen escritas por algún fraile casto y sombrío [...]. Azorín es principalmente un hombre de estilo [...]. Cuando Azorín trataba de dar fluidez y precisión al idioma no llevaba tras de sí a nadie [...]. Azorín llevó claridad y concisión al lenguaje⁴⁵. Después, como antes se ha visto, atribuye a Azorín la “invención” del 98 en 1913.

Baroja no aproxima a Valle Inclán ni a Antonio Machado a sus paralelismos o antagonismos literarios e ideológicos, como en los casos del primer Benavente, del Maeztu originario o de Azorín. En sus últimos años la repulsa del 98 es total: “Yo [pese a ser vasco] no tengo nada de común ni con Unamuno, ni con Zuloaga, ni con Maeztu; en cambio, tengo algo de común con Regoyos, que no era vasco⁴⁶. En el caso de Unamuno su rechazo es casi absoluto: “Yo no soy un hombre que, literaria o filosóficamente, haya sido influido por don Miguel de Unamuno. Le conocí personalmente y leí algo suyo ya bastante tarde. Esto le chocaba a Ramiro de Maeztu [...]. Pero ¿dónde ha vivido usted, que no ha oído hablar de Unamuno [...]? Realmente, no creo que las condiciones intelectuales de don Miguel de Unamuno, aunque fueran grandes, justificaran el concepto tan extraordinario que tenía de él Maeztu, ni tampoco el que de sí mismo tenía el autor. Unamuno se creía todo. Era, sin proponérselo, filósofo, matemático, filólogo, naturalista, además de vidente y de profeta. Creía que las cosas eran de una simplicidad extraordinaria, y que de esta simplicidad nadie se había dado cuenta, hasta que él la había advertido [...]. Unamuno fue lector de Carlyle [...]. También Unamuno debió leer a Emerson [...]. -Y Unamuno, ¿le dejó hablar a usted? -le pregunté yo a [Keyserling]-. -No, habló sólo él. Yo creo que Unamuno no hubiera dejado hablar por gusto a nadie. No escuchaba. Le hubiera explicado a Kant lo que debía ser la filosofía kantiana [...]. No le hubiera indicado a Mozart o a Beethoven lo que tenía que ser la música, porque había decidido que la música no era nada [...].

⁴⁵ P. Baroja, *Obras*, VIII, 936-939.

⁴⁶ P. Baroja, *Obras*, VII, 891-892.

Unamuno era hombre clásico de tertulia de Ateneo [...]. También lo era Valle-Inclán [...]. También me pareció de la misma clase el profesor Flores de Lemus [...]. En la Redacción de la revista *España* [...] comenzó a presentarse Unamuno. Se sentía dictador [...]. No aceptaba la menor réplica [...]. Unamuno era de una intransigencia. No oía a la gente [...]. En algunas cosas, Unamuno tenía salidas de aldeano de mala intención [...]. Unamuno era la quintaesencia del egoísmo [...]. Yo no tenía mucha comunidad de pensamiento con Unamuno. El leía otros libros que los que yo leía. De mística y de filosofía religiosa yo no conocía nada [...]. No es fácil saber hoy si esta generación o pseudogeneración nuestra que se llama del 98 y de la que se ha hablado tanto, es algo corriente o tiene cierto valor de excepción⁴⁷.

En resumen, la negación barojiana de la Generación del 98 está en los principios siguientes: 1º es cronológicamente falsa; 2º es indefinida, pues no hay unanimidad en señalar quienes pertenecen a ella, incluyendo unos a Costa y Ganivet, y otros a Ortega, cuando Costa es un regeneracionista y Ganivet, en 1898, era un desconocido; 3º los hombres que pudieran incluirse en ella formaban una generación libresca y no influyente socialmente; 4º nunca influyeron en la política como grupo, sino personalmente, como en los casos de Unamuno y Ortega; 5º no hubo una ideología común ni una línea dialéctica al menos coincidente; y 6º se considera en los antípodas del supuesto noventayochismo unamuniano. Lo más curioso es que tampoco Unamuno se siente noventayochista.

9. Más unamuniano que noventayochista.

La postura de Unamuno respecto del noventayochismo es la congruente con su personalidad tan acusada como excluyente, como más arriba ha señalado uno de los textos de Baroja.

En octubre de 1898, Unamuno se muestra ya como antirregeneracionista: “Digan lo que quieran los *regeneradores* que creen que fabricando maquinistas surgirán fábricas de maquinaria y tupiendo a los niños de contabilidad aumentará la materia conta-

⁴⁷ P. Baroja, *Obras*, VII, 860-866.

ble⁴⁸. Como es una tesis que mantuvo siempre, no es necesario insistir. Pero, en esa misma fecha, antes que a nadie se le ocurriese relacionarlo con Ganivet, se distancia de éste: “Tengo curiosidad por ver a qué llama Ganivet mística, ahora que llaman así a cualquier cosa⁴⁹. Y eso que poco más tarde alabaría su idea de la primacía de la vida interior sobre la técnica: “Ganivet no cayó en el practicismo, y mejor que practicismo, pragmatismo torpe en que caen hoy los más de los que aquí predicán escupideras, vacuna, altos hornos, máquinas, escuelas de artes y oficios, y nada más que esto. Leed su *Granada la bella* y veréis cómo vio claro que sin embellecimiento interior de una vida libre y armónica, el jabón y el agua de colonia pueden llegar a ser una fábrica de barbarie⁵⁰”.

Su interpretación de los acontecimientos políticos y militares de 1898 nada tienen que ver con las futuras críticas de talante ideológico noventayochista. Así, de cinco de junio de 1898 es su famosa exclamación antiquijotista: “¡Muera Don Quijote! ¡Muera Don Quijote!”⁵¹. El tres de abril de 1900 escribe *Contra “los jóvenes”*⁵². Artículo que deberían leer los que presentan a los hombres de la Generación del 98 como luchadores jóvenes frente al viejo tradicionalismo. Para Unamuno el duro golpe de 1898 sólo obliga a una reflexión interior: “En poco tiempo han brotado en Valladolid tres obras, que yo sepa, inspiradas en el último golpe que nuestra Nación ha sufrido, golpe que ha tenido la virtud de despertar nuestra conciencia refleja, provocando no pocas manifestaciones del salvador *conócete a ti mismo* nacional⁵³. En fin, Unamuno no desprecia en modo alguno las glorias pasadas que creía auténticas, y hermana a Don Quijote con Colón, Cortés, Pizarro y Magallanes: “¿Qué llevó a la acción a Don Quijote, y a Colón, y Cortés, y Pizarro, y Magallanes y a toda la perdurable raza de héroes? Un sueño generoso y grande: el sueño de la gloria⁵⁴”.

⁴⁸ M. de Unamuno, *Obras completas*, Aguilar minor, Madrid, vol. V, 182 (cit. *Obras*).

⁴⁹ M. de Unamuno, *Obras*, V, 186.

⁵⁰ M. de Unamuno, *Obras*, V, 213 (noviembre de 1903).

⁵¹ M. de Unamuno, *Obras*, V, 658.

⁵² M. de Unamuno, *Obras*, V, 664-667.

⁵³ M. de Unamuno, *Obras*, V, 187 (mayo de 1900).

⁵⁴ M. de Unamuno, *Obras*, V, 48 (noviembre de 1902).

Aunque después, en los años veinte, Unamuno critique la guerra de Marruecos (“y esta España arruinada, entre ruinas de leyendas, mandada a recoger para el Museo, ¿va a arruinarse más aún, arruinando a Marruecos?”)⁵⁵. En agosto de 1909 escribe: “[...] Durante nuestras tristes guerras coloniales y la otra, la que no debe mencionarse [la civil...]. Y es ahora, cuando la paz empieza a consolidarse, cuando vamos curándonos del desangre de Cuba y Filipinas, cuando parece abrirsenos un porvenir en Africa [...]”⁵⁶.

La conciencia unamuniana de una posible Generación del 98 aunque minusvalorada es tardía, muy posterior a la tesis orteguiana y a los artículos de Azorín de 1913. El texto más claro es el del veintitrés de enero de 1918: “En España tuvimos la revolución – ésta ya con minúscula y, por tanto, por erre tal– de septiembre de 1868, la restauración –más minúscula aún– en 1876, la regeneración –ya microscópica– en 1898, y ahora tenemos la invisible re-novación. Y las cuatro: revolución, restauración, regeneración y renovación, son cuatro *res* y una sola sustancia verdadera. Sus hombres respectivos han sido: Prim, el de la revolución de 1868; Cánovas del Castillo, el de la restauración de 1876; el Conde de Romanones, el de la regeneración de 1898 y La Cierva, el de la renovación actual [de 1918]”⁵⁷. Se trata, desde luego, de generaciones de políticos y no de pensadores y literatos; pero era la ocasión de hacer alguna referencia a estos últimos. Al no hacerla se advierte el poco aprecio de Unamuno por la clasificación generacional de la literatura y del pensamiento.

La singularidad unamuniana se advierte también en los juicios sobre los presuntos precursores del noventayochismo. “No he sido nunca gran entusiasta de Larra”⁵⁸, escribió en marzo de 1912. Ya vimos antes su opinión sobre Ganivet. De Galdós, pese al aprecio literario, sólo dice en enero de 1920: “Galdós ha muerto cuando está muriendo –así al menos lo queremos creer– la triste España de la Restauración y la Regencia”⁵⁹. De sus supuestamente coetáneos generacionales no suele decir nada o se refiere a los que no son

⁵⁵ M. de Unamuno, *Obras*, I, 729.

⁵⁶ M. de Unamuno, *Obras*, I, 489.

⁵⁷ M. de Unamuno, *Obras*, V, 801.

⁵⁸ M. de Unamuno, *Obras*, V, 276.

⁵⁹ M. de Unamuno, *Obras*, V, 362.

incluidos entre ellos, como Cossío y Madariaga: “¡Ah si el joven Cossío se hubiese podido ver a solas consigo mismo en las yermas tinieblas espirituales de aquel desplome del 98!”⁶⁰. Y en diciembre de 1922 recuerda: “Allá en 1918, en los tiempos más oscuros de esta revolución española que sigue su curso [...] cayeron bajo mis ojos [...] unos Romances de Ciego, firmados por un Julio Arceval, [...] pseudónimo [...] de Salvador de Madariaga [...]. Escribí [el 25 de enero de 1919] para aquellos romances un prólogo”⁶¹. La nota más positiva, pero no noventayochista, la reserva para Ramiro de Maeztu, en *El Imparcial* del treinta de agosto 1901. “Largo tiempo se hablará en España del vizcaíno que ha dado la nota española más valiente en estos tristes tiempos de fraccionamiento y desgracias”⁶².

Si encuentra algo de común entre los llamados del 98 es la egolatría, como explica en el interesante artículo de *El Imparcial* del 31 de enero de 1916⁶³. Pero sin aceptar la ideología noventayochista cuando ésta ya era un clisé literario y político. Así en diciembre de 1931 escribe: “Pongamos las cosas en su lugar, y sobre todo los llamados del 98 no reconozcamos que nuestra sublevación intelectual tuviese que ver con las *metafísicas indagaciones* de *El mundo todo es carnaval*”⁶⁴. En 1898 y en los años inmediatos no hubo una reacción social ni intelectual, ésta se daría entre 1918 y 1923. Así, el cinco de enero de 1923 escribe: “Ni el desastre de 1898 nos dio suficiente leña para encender nuestros corazones y nuestras fantasías. Es ahora, cuando empezamos a quemar aquella leña. ¡Qué lástima no tener unos años menos!”⁶⁵.

⁶⁰ M. de Unamuno, *Obras*, V, 337 (31 de enero de 1916).

⁶¹ M. de Unamuno, *Obras*, V, 386.

⁶² M. de Unamuno, *Obras*, VII, 301. Si este juicio sobre Maeztu no suele ser citado, ¿qué decir del que califica a Gibraltar?: “[...] frente al ominoso y agorero Gibraltar”; *Obras*, V, 768; escrito el 27 de junio de 1902. En junio de 1907 sigue valorando a Maeztu: “Ramiro de Maeztu es un espíritu sutil e impresionable capaz de interesarse por los más diversos problemas [...]. Un alma, en fin, poco apasionada y sin fanatismo [...]. Cuando yo le conocí, allá en nuestro común país vasco, estaba bajo las garras de Nietzsche”; *Obras*, V, 245, junio de 1907.

⁶³ M. de Unamuno, *Obras*, V, 330-337.

⁶⁴ M. de Unamuno, *Obras*, V, 145.

⁶⁵ M. de Unamuno, *Obras*, V, 751. En 1916 escribió Unamuno: “Pablo IV, a mediados del siglo XVI, creía que la nación española es como la grama, que donde agarra allí se queda ¡Cuán de otro modo pensaría hoy si resucitase!;

Hay que llegar nada menos que a comienzos de 1936 para que Unamuno no apostille las generaciones y las vea tal cual en un artículo del veintiuno de enero, “cuando estaba ocupándome para mi trabajo [...] en cavilar y meditar la postura que la actual generación civil, la de 1931, toma respecto a las pasadas, la de 1868 y la de 1898”⁶⁶. Se trataba, empero, de una actitud social y nada ideológica. En este último aspecto Unamuno, como es sabido, siguió siendo el de siempre. Y aunque parezca una anécdota, ya que desde Azorín y Ortega se ha echado mano de Zuloaga como expresión plástica del espíritu noventayochista, no está de más recordar la interpretación al vuelo del rector salmantino: “El gran pintor Zuloaga, mi paisano, le decía a Eugenio d’Ors, el exquisito prosista –prosista-poeta– catalán, refiriéndose a un enano de Segovia que le sirvió de modelo para uno de sus cuadros: ¡Habías visto que filósofo!... ¡No decía nada! Y filósofos así tenemos a montones”⁶⁷.

Así, pues, del presunto noventayochismo de Unamuno, éste no deja títere con cabeza, como del regeneracionismo de finales del siglo XIX o del más reciente de Ortega, como es sabido. Sólo queda el bien conocido aprecio por las tierras de Castilla o por “su” Salamanca. Así en mayo de 1912 escribe: “Es como cuando se habla del campo de Castilla, de los solennes páramos de la Mancha, y se dice que son áridos y tristes, queriendo decir con eso que son feos. Y debo confesar que a mi me produce una más honda y más fuerte impresión estética la contemplación del páramo [...] que uno de esos vallecitos verdes, que parecen nacimientos de cartón”⁶⁸.

Obras, V, 75. En 1917: “Estamos aquí pasando por unos días calamitosos y tristes en que el patriotismo, lejos de ensancharse e iluminarse, se empequeñece y se oscurece”; *Obras*, V, 91.

⁶⁶ M. de Unamuno, *Obras*, V, 418.

⁶⁷ M. de Unamuno, *Obras*, V, 530 (enero de 1915).

⁶⁸ M. de Unamuno, *Obras*, I, 561.

10. La singularidad de Antonio Machado.

La crítica literaria al uso ha convertido a Antonio Machado en el poeta del 98 por antonomasia, mas sin permiso del grandísimo poeta que fue. Debería recordarse que existió una primera versión del conocido poema, *Era mañana y abril sonreía*, dedicado al muy modernista Francisco de Villaespesa⁶⁹. El maestro poético contemporáneo al que más venera es a Rubén Darío. Entre los clásicos resalta a Jorge Manrique (“entre los poetas míos – tiene Manrique un altar”). En cambio, una de las pocas veces que se refiere a un pintor, en este caso Solana, [¿en 1919?] es para rechazar los rasgos que algunos presentan como noventayochistas: “[Solana...] este Goya necrómano, o lo que es igual, este antípoda de Goya”⁷⁰.

En el prólogo a *Soledades*, escrito en 1917, recuerda que “las composiciones de este primer libro, publicado en enero de 1903, fueron escritas entre 1899 y 1902. Por aquellos años, Rubén Darío, combatido hasta el escarnio por la crítica al uso, era el ídolo de una selecta minoría”⁷¹. Del 98, ni una sola palabra, ni la más mínima referencia indirecta. Lo mismo sucede con el prólogo de la segunda edición de *Soledades*, fechada el doce de abril de 1919, y en el que aparece la curiosa referencia a los “nuevos epígonos de Protágoras” y su valoración del kantismo que conocía por su relación con la Institución Libre de Enseñanza. En *Orillas del Duero* (*Soledades*, 1907) la valoración del paisaje es general, no sólo castellana: “¡Hermosa tierra de España!”⁷².

Acaso la ausencia del supuesto *pathos* noventayochista en Machado se deba, ante todo, a su autodefinition personal: “soy, en el buen sentido de la palabra, bueno”⁷³. Pero también influye en ello su mentalidad institucionista que aparece claramente en el *Dios ibero*:

⁶⁹ A. Machado, *Obras. Poesía y Prosa*, A. de Albornoz y G. de Torre (eds.), Losada, Buenos Aires, 1973, 1069 (cit. *Obras*).

⁷⁰ A. Machado, *Obras*, 768.

⁷¹ A. Machado, *Obras*, 51.

⁷² A. Machado, *Obras*, 70.

⁷³ A. Machado, *Obras*, 139. En *Campos de Castilla*, 1907-1913.

“¡Qué importa un día! Está el ayer alerta
al mañana, mañana infinito;
¡hombres de España, ni el pasado ha muerto,
ni está el mañana –ni el ayer– escrito!”⁷⁴.

La crítica social tiene igual tinte, como en *El mañana efímero*:

“La España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía,
devota de *Frascuelo* y de María”⁷⁵.

O en algunos de sus proverbios y cantares, en los que alterna la crítica dura y la esperanzada:

“–Nuestro español bosteza.
¿Es hambre? ¿sueño? ¿hastío?
Doctor, ¿tendrá el estómago vacío?
–El vacío es más bien de la cabeza”⁷⁶.

Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.

Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios,
una de las dos Españas
ha de helarte el corazón”⁷⁷.

A estos proverbios negativos hay que añadir los positivos de *Una España joven* (1915) y *Una España en paz* (1914).

Dejando a los especialistas el tema de si Juan de Mairena es un *alter ego* de Machado o un modelo de institucionista, dos de los textos puestos bajo su literaria autoría deben ser aquí citados. El primero expresa la conexión de Machado con los intelectuales del siglo XIX: “Juan de Mairena, que murió en los primeros años del siglo XX, mantuvo hasta última hora su fe ochocentista”⁷⁸. El otro, más inquietante aún por referirse a la Generación del 98 dice: “Estos jóvenes –Mairena aludía a lo que hoy [¿1936?] llamamos

⁷⁴ A. Machado, *Obras*, 142.

⁷⁵ A. Machado, *Obras*, 210-211.

⁷⁶ A. Machado, *Obras*, 223.

⁷⁷ A. Machado, *Obras*, 224 (hacia 1913).

⁷⁸ A. Machado, *Obras*, 430.

veteranos del 98⁷⁹, está escrito casi al comienzo de la Guerra Civil; hay un despego personal, si es que se incluía en los llamados “veteranos del 98”, o bien se sentía alejado de ellos.

11. A modo de resumen.

Tras la inmersión en la rica obra literaria de Azorín, Baroja, Machado, Maeztu, Miró, Ortega, Unamuno y Valle Inclán, y tras el intento de pesca ideológica noventayochista en Azorín, Baroja, Machado, Ortega y Unamuno, me parece evidente el mérito orteguiano de la “invención” del 98 ideológico y plástico, así como la influencia del Azorín de los artículos de 1913. Mas también me parece claro que entre 1898 y 1907 no hay clavo del que colgar el noventayochismo. Además, si Azorín parece dejarse ser arrastrado a dicha posición ideológica, pese a su aventura “laciervista”, la dureza del rechazo barojiano y las actitudes personalistas de Machado y de Unamuno hacen que el 98 desde dentro no sea noventayochista. Como Ortega, Marías, Lain y cuantos les hemos seguido en este tema (de nuevo *mea culpa*), así como los críticos literarios han impuesto con autoridad otra visión muy distinta, es muy difícil la restauración de lo que fue la real y extraordinaria fuerza literaria e ideológica de las figuras centrales de la, no por supuesta menos importante, generación llamada del 98.

Miguel Cruz Hernández
Universidad Autónoma de Madrid
Ctra. Colmenar Viejo, km. 15
28049 Canto Blanco Madrid España

⁷⁹ A. Machado, *Obras*, 588.